

y pensamiento, única fraternidad cuyo carácter sea indeleble!

Unicamente la urbanidad de las costumbres puede templar las durezas del espíritu de partido; ella permite verse mucho tiempo antes de quererse, hablarse mucho tiempo antes de ir acordes; y aquella profunda aversion que se cogia al hombre con el que no nos habíamos abocado nunca, se debilita gradualmente con las relaciones de conversacion, de miramientos, de agasajo, que avivan la simpatia, y hacen hallar por último á nuestro semejante en el que mirábamos como enemigo nuestro.

CAPITULO III.

De la Emulacion.

ENTRE los medios de perfeccionar las producciones del ingenio humano, es menester

contar por mucho la naturaleza y grandeza del fin que pueden prometerse los que se dedican á los estudios intelectuales. La vida perezosa ó la activa son mas conformes á la naturaleza del hombre que la meditacion; y para consagrar uno todas las fuerzas de su pensamiento á la investigacion de las verdades filosóficas, es menester que sirva de fomento á la emulacion la esperanza de servir á su pais, é influir en la suerte de sus conciudadanos.

Algunos espíritus se alimentan con el único gusto de descubrir nuevas ideas; y en las ciencias exactas particularmente, hay muchos hombres á quienes este gusto les basta. Pero cuando el ejercicio de la mente se dirige hácia resultados morales y políticos, debe llevar él necesariamente el objeto de obrar sobre la suerte humana. Las obras que pertenecen á la alta literatura, llevan la mira de efectuar mudanzas útiles, de acelerar los progresos necesarios, de modificar finalmente las instituciones y leyes. Pero en un pais en que la filosofía no tuviera ninguna

aplicacion real, en que la elocuencia no pudiera conseguir mas que un triunfo literario, una y otra, al cabo, parecerian estudios ociosos, y su móvil se debilitaria todos los dias.

No negaré ciertamente que la situacion de la Francia, de algunos años á esta parte, sea mucho mas contraria al progreso de los talentos é ingenio que la mayor parte de las épocas históricas. Pero creo que si examinamos lo que es particularmente necesario para la émulation filosófica, veremos porqué el espíritu revolucionario, miéntras que él obra, corta enteramente los vuelos al pensamiento, como el antiguo gobierno abatia protegiendo, y por qué medios la república podria llevar al último término la ambicion de los hombres hácia los progresos de la razon.

Parece, á la primera vista, que destruyendo las turbulencias civiles las antiguas clases, deben proporcionar á las facultades intelectuales el uso y progreso de todas sus fuerzas; así sucede sin duda en los principios; pero al cabo de brevisimo tiempo,

cogen los facciosos un odio á las luces igual cuando ménos al que los antiguos defensores de las preocupaciones concebian. Los espíritus violentos se sirven de los hombres ilustrados, cuando quieren triunfar de la autoridad establecida; pero cuando se trata de conservarse á sí mismos, hacen por manifestar un desprecio grosero de la razon; propagan sordamente que las facultades intelectuales, que las ideas filosóficas no pueden pertenecer mas que á las almas afeminadas, y vuelve á parecer bajo nuevas formas el código feudal.

Todos los genios tiránicos, tomen el rumbo que se quiera, detestan del pensamiento; y si el ciego fanatismo es el arma de la autoridad, lo que ella debe temer mas, es el hombre que conserva la facultad de juzgar. Los hombres violentos no pueden hermanarse mas que con los espíritus estrechos, los cuales solos se someten ó sublevan á la voluntad de un gefe.

Si las conmociones revolucionarias se prolongan mas allá del fin que ellas debian con-

quistar, la autoridad descende siempre mas abajo entre las clases ignorantes. Quanto mas medianos son los hombres, tanto mas sollicitos son en hermanarse; desechan léjos de sí la razon ilustrada, como algo de heterogéneo con su naturaleza, y que debe ser eminentemente perjudicial á su dominacion.

Si un partido intenta hacer triunfar la injusticia, es imposible que él dé fomento á la ciencia; un hombre puede deshonorar su talento, consagrándole á la defensa de lo que es injusto; pero si se difunde el influjo de la ciencia en una nacion, mira ella generalmente á la perfeccion de la moralidad general.

El espíritu revolucionario se traza un camino, y se forma un lenguaje; y si se quisiera variar con la elocuencia misma aquellas frases prescriptas que el interes del partido exige, se inquietarian sus gefes; los cuales se estremecerian al ver nuevos afectos, nuevos pensamientos, que favorecerian hoy dia su causa, pero que podrian indisciplinarse una vez y dirigirse hácia otro fin. Hay fór-

mulas de crueldad por decirlo así recibidas, de las que no es licito, ni aun á los hombres de quienes se tiene seguridad, apartarse nunca.

Las sospechas, los zelos, los cálculos de la ambicion, todo se reune para alejar de las luchas revolucionarias á los espíritus superiores: los hombres violentos y medianos no se colocan en su lugar, mas que cuando está restablecido el órden; en el trastorno de todas las ideas y afectos, se tienen por idóneos para perpetuar lo que existe, la confusion; y hechos los dueños en las saturnales del talento y virtud, cargan sobre el cautivo pensamiento con todo el peso de su ignorancia y vanidad.

En las crisis de las facciones populares, lo que ante todas cosas se quiere desterrar, es la independencia del juicio. La palabra no sirve mas que para resumir la ira, y fijar sus primeros impulsos en decretos. Los furiosos llaman aristocracia lo que se conoce de mas republicano en la tierra, el amor de las luces y virtud. El espíritu silvestre lucha contra

la filosofía, se desconfía de la educación, y se manifiesta mas indulgente con los vicios del corazón que con los dones intelectuales.

Si se prolongara semejante estado, no se poseería ya ningun hombre distinguido en otra carrera que la de las armas; ninguna cosa es capaz de desalentar la ambicion de los triunfos marciales; llegan ellos siempre á su fin, y prescriben á la opinion lo que esperan de ella. Pero en aquel libre cambio, de que resulta la gloria de los escritores y filósofos, las ideas se derivan, por decirlo así, de la aprobacion misma que los hombres están dispuestos á acordarles.

Si se comparara la suerte de los hombres ilustrados en el reinado de Luis XIV, con la que la violencia revolucionaria les preparaba, todo sería en beneficio de la monarquía; pero ¿qué relacion podría haber entre la proteccion de un rey y la emulacion republicana, cuando ella tomara por último su verdadero carácter?

La fuerza intelectual no tiene todo su progreso entero mas que impugnando la potes-

tad; y se forman por medio de la oposicion los Ingleses en los talentos necesarios para ser ministros. Cuando, por el contrario, los favores de la opinion dependen tambien de los de un hombre, no puede reconocerse libre el pensamiento en ninguna concepcion suya; y tan léjos de consagrarse al descubrimiento de la verdad, le están prescriptos sus límites en toda especie. Es necesario que el espíritu se reconcentre incesantemente en sí mismo. Apenas es posible en las obras de imaginacion, en este patrimonio de la invencion que la potestad legal abandona, apenas es posible olvidar que la diversion del señor y cortesanos suyos es el primer triunfo que importa lograr.

En todas las lenguas, puede triunfar algo la literatura por espacio de algun tiempo, sin recurrir á la filosofía; pero cuando la flor de las espresiones, de las imágenes y giros poéticos, no es ya nueva; cuando todas las perfecciones antiguas están acomodadas al ingenio moderno, se conoce la necesidad de aquella razon progresiva que hace conseguir

un fin útil todos los dias, y que presenta un indefinido término. ¿Como podria escribirse sin embargo filosóficamente en un pais en que los premios distribuidos por un rey, por un hombre, fueran los simulacros de la gloria?

La existencia subalterna que se acordaba á los literatos en la monarquía francesa, no les proporcionaba ninguna autoridad en las importantes cuestiones relativas á la suerte de los hombres. ¿Como podian adquirir ellos alguna magestad en semejante orden social, mas que manifestándose adversarios suyos? ¡Qué miserable mezela no hicieron de las lisonjas y verdades aquellos filósofos, incrédulos y sumisos, osados y favorecidos!

Rousseau se eximió en éste siglo de las mas de las preocupaciones y miramientos monárquicos. Montesquieu, aunque con mas respeto, supo mostrar, cuando era menester, la valentía de la razon. Pero Voltaire que á menudo queria reunir la gracia de la corte con la independencia filosófica, da á conocer el contraste y dificultad de se-

mejante designio del modo mas palpable.

El fomentar á los literatos, es hacerlos inferiores á la autoridad de cualquiera especie que los premia; es considerar el ingenio literario separadamente del mundo social y de los intereses políticos; es tratarle como el talento de la música y pintura, de un arte finalmente que no fuera el pensamiento mismo, es decir, el todo del hombre.

El fomento de la alta literatura, y de ella únicamente hablo en este capitulo, su fomento, es la gloria, la gloria de Ciceron, aun de César y Bruto. Salvó el uno su patria con su elocuencia oratoria y talentos consulares; el otro, en sus comentarios, escribió lo que él habia hecho; y el tercero finalmente, con el encanto de su estilo, con la elevacion filosófica cuyo carácter va impreso en sus cartas, se hizo querer como un hombre lleno de la mas dulce humanidad, á pesar del enérgico horror del asesinato que él cometió.

Únicamente en los estados libres puede reunirse el ingenio de la accion con el del pensamiento. En el antiguo gobierno, se

quería que los talentos literarios supusiesen siempre la carencia de los políticos. El espíritu de los negocios no puede darse á conocer con señales ciertas, ántes de haber ocupado eminentes puestos; los hombres mediocres tienen interes en persuadir que ellos solos poseen esta especie de espíritu; y para arrogársele, se fundan únicamente en las prendas de que carecen: el calor que les falta, las ideas que ellos no alcanzan, y los triunfos de que se desdeñan; estos son los garantes de su capacidad política.

Se quiere, en las monarquías absolutas, que se difunda una especie de misterio sobre las prendas que habilitan para el gobierno, á fin de que la presumida y fria medianía pueda echar á un lado á un espíritu superior, y declararle incapaz de combinaciones mucho mas simples que aquellas en que él se ha ocupado siempre.

En la lengua abrazada por la liga de ciertos hombres, conocer el corazón humano, es no dejarse guiar en su aversión ni elecciones por la indignación del vicio, ni por el entu-

siasmo de la virtud; el poseer la ciencia de los negocios, es no dar jamas entrada en sus decisiones á ningun motivo generoso ó filosófico. Ventilando la república en comun un sinnúmero de intereses suyos, y sujetando todas las elecciones al voto de la voluntad general, la república debe eximirnos de aquella fe ciega que en otros tiempos se exigía para los secretos del arte gubernativo.

Hay necesidad sin duda de grandes talentos para gobernar bien; pero con el fin de dejar el talento á un lado, se dedicaban á persuadir que los pensamientos que sirven para formar al filósofo profundo, al famoso escritor, al elocuente orador, no tienen relacion ninguna con las máximas que deben dirigir á los gefes de las naciones. El canceller Bacon, el caballero Temple, Lhopital, etc., eran filósofos, literatos, y se manifestaron los primeros estadistas*. Federico II,

* El canceller Bacon se hizo culpable de la mas atroz ingratitud; y su delicadeza, bajo el aspecto pecuniario, hizo concebir fuertes sospechas. Pero se trata aquí de sus talentos, y no de su moral;

Marco Aurelio, los mas de los reyes ó héroes que llenaron de esplendor las naciones, eran al mismo tiempo espíritus muy ilustrados en filosofía. Sus luces y talentos en la carrera civil los hicieron queridos de la posteridad, y les hicieron obtener, durante su vida, la obediencia de la admiracion, aquella obediencia que da al poder absoluto el mas hermoso atributo de los gobiernos libres, el voluntario asenso de la opinion pública.

Hay ciertamente pocas carreras mas reducidas, mas estrechas, que la de la literatura, si la consideramos, como lo hacen á veces, separadamente de toda filosofía, y llevando la única mira de entretener los ocios de la vida, y llenar el vacío del espíritu. Una semejante ocupacion le hace incapaz á uno del menor empleo que requiera conocimientos positivos, ó que precise á hacer aplicables las ideas. Una desmesurada vanidad es el patrimonio de estos mediocres y limitados

distincion que hemos aprendido á hacer muy bien de diez años á acá.

literatos; flaquea su razon por el valor que ellos dan á palabras desnudas de ideas, y á ideas desnudas de consecuencias; son, entre todos los hombres, los mas ocupados en sí mismos, y los mas ignorantes de lo que les interesa á los otros. Las letras deben tomar á menudo semejante carácter, cuando los sujetos que las cultivan se hallan apartados de todos los negocios graves.

Lo que degradaba las letras, era la inutilidad suya; lo que hacia tan poco liberales las máximas gubernativas, era la separacion absoluta de la política y la filosofía; separacion tal, que era juzgado uno incapaz de dirigir á los hombres, desde que habia consagrado sus talentos á instruirlos é iluminarlos. Quedan vestigios todavía de esta absurda opinion; pero deben irse borrando todos los dias. La filosofía no nos hace impropios mas que para gobernar arbitraria, despóticamente, y de un modo despreciativo para el género humano. No es necesario pretender, al introducir el inveterado espíritu de las cortes en la nueva república, que

haya en el gobierno algo de mas necesario que el pensamiento, de mas seguro que la razon, y de mas enérgico que la virtud.

Es famoso escritor uno en un gobierno libre, no como bajo la dominacion de los monarcas, para animar una existencia sin fin, sino por que importa dar á la verdad su expresion persuasiva, cuando una resolucion de entidad puede depender de una verdad reconocida. Se entrega el hombre al estudio de la filosofia, no para consolarse de las preocupaciones del nacimiento que, en el gobierno antiguo, desheredaban la vida de todo lo futuro, sino para hacerse idóneo á las magistraturas de un pais que no acuerda la potestad mas que á la razon.

Si la autoridad militar dominara por sí sola en un pais, y despreciara las letras y filosofia, haria retroceder las luces, á cualquiera grado de influjo que ellas hubiesen llegado; se asociaria ella algunos talentos, encargados de comentar la fuerza, á varios hombres que se dirian meditadores para arrogarse el derecho de profanar el pensamiento; pero la

razon se convertiria en sofisma; y los espíritus se volverian tanto mas sutiles, cuanto mas envilecidos estuvieran los genios.

La agitacion inseparable de un gobierno republicano pone con frecuencia la libertad en peligro; y si sus gefes no presentan la duplicada garantía del valor y la ciencia, la fuerza ignorante ó la páfida astucia precipitan tarde ó temprano el gobierno en la tiranía. Es preciso, para la felicidad del género humano, que los grandes hombres encargados de su suerte posean casi igualmente un cierto número de prendas muy diferentes; no es suficiente una sola especie de superioridad para cautivar las diversas clases de opinion y estima; una sola especie de superioridad no personifica bastante, si puedo expresarme así, la idea que gustamos formar nos de un hombre célebre.

Si las palabras no han instruido elocuentemente del motivo de las acciones, si las acciones no han sancionado la verdad de las palabras, la memoria guarda un recuerdo separado de las palabras y acciones. El guer-

rero sin luces, ó el orador sin valor, no sujetan nuestra imaginacion; nos quedan siempre afecciones que ellos no han cautivado, é ideas que los juzgan. Los antiguos admiraban apasionadamente á sus esclarecidos gefes, cuya nativa grandeza imprimia su carácter á talentos diversos y á glorias diferentes. La mezcla de relevantes prendas, aunque coloca mas arriba al que las posee, establece sin embargo mas relaciones entre el hombre extraordinario y los demas hombres. Una facultad de cualquiera especie que estuviera en desproporcion con todas las otras, pareceria una extravagancia de la naturaleza, miéntras que la reunion de muchas facultades aquieta el pensamiento, y se atrae el afecto. El ser moral de un grande hombre debe presentar aquella organizacion, aquel equilibrio, aquella compensacion, la cual sola da la idea, tanto en los genios como en los gobiernos, del reposo y estabilidad.

Pero, dirán, lo que debe temerse ante todas cosas en una república, es el entusiasmo por un hombre; y tan léjos de desear esa per-

fecta reunion que teneis por necesaria casi, busquemos, por el contrario, aquellos acertados instrumentos que hacen discursos, decretos ó conquistas, como uno ejerceria una profesion esclusiva, sin tener una idea mas que las de su oficio.

Ninguna cosa es ménos filosófica, es decir, ninguna conduciria ménos á la felicidad que aquel sistema zeloso que quisiera privar á las naciones de su lugar en la historia, nivelando la reputacion de los hombres. Debe difundir uno con todos sus esfuerzos la instruccion general; pero allado del grande interes del adelantamiento de las luces, es menester dejar el fin de la gloria individual. La república debe dar mucho mas vuelo que cualquiera otro gobierno á este móvil de la emulacion; ella se enriquece con las multiplicadas tareas que él inspira. Llega un escaso número de hombres al término; pero todos lo esperan; y si la fama no corona mas que el acierto, hasta los ensayos tienen á menudo una obscura utilidad.

No conviene privar al hombre magnánimo

de su devocion á la gloria, ni tampoco á las naciones de su afecto de admiracion. De este afecto se derivan todos los grados de inclinacion entre los magistrados y los gobernados. ¡Qué es un juicio apreciador y sosegado en nuestras numerosas asociaciones modernas! ¡Pueden decidirse millares de hombres con arreglo á sus propias luces! ¿No es necesario que se comuniquen un impulso mas animado á aquella multitud, que es tan difícil reunir en una misma opinion? Si dejamos fria á la nacion sobre el aprecio, rompemos en ella tambien el resorte del menosprecio; y si algunos detractores libelistas confunden en sus escritos al hombre virtuoso con el delincuente, no habrémos infundido á todos los ciudadanos aquel impulso de un santo amor para con su bienhechor, aquel impulso que desecha la calumnia como un sacrilegio.

No podemos inclinar al pueblo hácia la idea misma de la virtud, mas que haciéndosela comprender por medio de las generosas acciones y carácter moral de algunos hom-

bres. Se cree asegurar mas la independencia de un pueblo, esforzándose á interesarle únicamente en algunas máximas abstractas; pero la multitud no alcanza las ideas mas que con el auxilio de los sucesos; ejerce ella su justicia con odios y afectos: es menester depravarla para impedirle que quiera; y llega con la estimacion de sus magistrados al amor de su gobierno.

La gloria de los varones insignes es el patrimonio de un pais libre; y muertos ellos, la hereda el pueblo entero. El amor de la patria se forma de recuerdos solamente. Cuanto no se admiran en la antigua elocuencia los respetuosos afectos á que daban origen los pesares consagrados á los muertos ilustres, los homenajes tributados á su memoria, y los ejemplos presentados en su nombre á sus sucesores! La naturaleza lo animó todo; ¿querria transformarlo el hombre por ventura todo en abstraccion?

Una república, en que está sancionada la igualdad política, debe llevar la máxima de establecer las distinciones mas notables entre

los hombres, segun sus talentos y virtudes. Las naciones libres deben tener en sus tribunales jueces inalterables, que administren justicia á todos, sin mezcla ninguna de indignacion ó entusiasmo. Pero cuando ellas han conferido á sus magistrados la impasible potestad legal, deben entregarse sin peligro al libre vuelo de la aprobacion ó censura; y pueden ofrecer á los grandes hombres el único premio por el que ellos quieren sacrificarse, la opinion del tiempo presente y futuro, la opinion, único galardón, única ilusion de que la virtud misma no tiene fuerzas nunca para desaparecerse.

¿Y César, y Cromwel, pensais, se dirá, que no haya sido fatal para su patria el entusiasmo que ellos infundiéron?

El entusiasmo que la gloria de las armas infunde, es el único que puede ser peligroso para la libertad, pero hasta este entusiasmo no tiene adversas resultas mas que en los países en que diversas causas destruyéron la admiracion merecida por las prendas morales ó talentos civiles. A causa de que en Roma,

de que en Inglaterra, dilatados crímenes, dilatados desastres habian infundido repugnancia en la nacion para acordar su estimacion, fué arruinada la república.

Y sin embargo qué potestad luchó por si sola contra César? No fuéron las instituciones de los Romanos, su senado, ni sus ejércitos; sino que fué la consideracion de un solo hombre, el respeto con que miraban todavía á Caton. Este respeto contrapesó los destinos; y César no pudo tenerse por dueño mas que cuando no existió ya este hombre.

Caton representaba el dominio de la virtud en la tierra. Le admiraba Roma, con aquella libre admiracion que honra á la nacion que la experimenta, y presenta á la tiranía mil veces mas obstáculos que la confusion de los nombres, de las acciones y genios. Querrian dar á esta confusion el nombre de república filosófica; y no seria, efectivamente, mas que combates sin victoria, ruinas sin fin, y calamidades sin término.

La reputacion, los votos constantemente

unidos á los hombres que han seguido honrosamente la carrera de los negocios públicos, son uno de los primeros medios de conservar la libertad; y lo que puede contribuir mas eficazmente á los progresos de las luces, es mezclar juntamente, como entre los antiguos, la carrera de las armas, la de la legislación, y la de la filosofía. Ninguna cosa anima ni regulariza las meditaciones intelectuales, como la esperanza de hacerlas inmediatamente útiles al género humano. Cuando el pensamiento puede ser el precursor de la accion, cuando una reflexion feliz puede transformarse al instante en una institucion benéfica, ¡cuanto interes no toma el hombre en el progreso de su inteligencia! No teme ya consumir en sí mismo la antorcha de la razon, sin poder iluminar nunca con su luz las sendas de la vida activa; ni experimenta ya aquella especie de vergüenza que resentia el ingenio condenado á algunas ocupaciones especulativas en presencia del hombre mas mediano, si revestido este hombre con una autoridad de cualquiera especie, podia en-

jugar algunas lágrimas, prestar un servicio útil, hacer bien á lo ménos á alguien en la tierra.

Quando el pensamiento puede contribuir eficazmente á la dicha del hombre, su mision se hace mas noble, su fin se engrandece; no es ya solamente una imaginacion dolorosa, que recorre todos los males del mundo sin poder aliviárlas, sino un arma poderosa que la naturaleza da, y cuyo triunfo debe asegurarse por la libertad.

Los vencedores temen á los soldados que conquistáron su imperio con ellos; los sacerdotes tienen miedo del fanatismo mismo de que toda su dominacion depende; los ambiciosos se desconfian de sus instrumentos; pero habiendo llegado los hombres ilustrados á las primeras plazas del estado, no cesan de ser amantes y propagadores de las luces. La razon no tiene qué temer nada de la razon, y los espíritus filosóficos fundan su fuerza sobre sus semejantes.

Despues de haber examinado los diversos principios de la emulacion entre los hombres,